

Europa en guerra: 1914-1945

Julián Casanova

Universidad de Zaragoza

«Estoy convencido de que parte de la fascinación que la Guerra Civil española ejerció en la gente de mi edad se debió a lo mucho que se pareció a la Gran Guerra»

(George Orwell ¹)

Resumen: La guerra fue una experiencia crucial en las vidas de millones de europeos durante la primera mitad del siglo xx. Al final de la llamada Gran Guerra, la que transcurrió entre agosto de 1914 y noviembre de 1918, el mapa político de Europa sufrió una profunda transformación, con el derrumbe de algunos de los grandes imperios y el surgimiento de nuevos países. De esa guerra salieron también el comunismo y el fascismo, las dos nuevas ideologías que se enfrentaron con brutales resultados en la Segunda Guerra Mundial. Este artículo examina el proceso por el que las dictaduras llegaron a suplantar a las democracias e introduce, en la segunda parte, la Guerra Civil española en un marco comparado.

Palabras clave: guerra civil, Guerra Civil española, guerra civil europea, España, Europa, siglo xx.

Abstract: The War was a crucial experience for the populations of Europe during the long period which ran from the beginning of the Great War in 1914 till the post-1945 world. At the end of the Great War the political landscape of Europe was transformed, with the collapse of the large territorial empires and the emergence of new States. The triumph of Communism in Russia and Fascism in Italy and Germany led to violent struggle in many countries. This article examines the process through which dictatorship came to supplant democracy and introduces the Spanish civil war in a comparative analysis of the emergence and survival of the phenomenon of modern dictatorship.

Key words: civil war, Spanish civil war, european civil war, Spain, Europe, Twentieth Century.

¹ *The Collected Essays, Journalism and Letters*, vol. 1, *An Age Like This, 1920-1949*, citado en VINEN, R.: *Europa en fragmentos. Historia del viejo continente en el siglo xx*, Barcelona, Península, 2002, p. 122.

La guerra fue una experiencia crucial en las vidas de millones de europeos durante la primera mitad del siglo xx. Al final de la llamada Gran Guerra, la que transcurrió entre agosto de 1914 y noviembre de 1918, el mapa político de Europa sufrió una profunda transformación, con el derrumbe de algunos de los grandes imperios y el surgimiento de nuevos países. De esa guerra salieron también el comunismo y el fascismo, las dos nuevas ideologías que se enfrentaron con brutales resultados en la Segunda Guerra Mundial. Al tiempo que pasó entre esa primera guerra y el comienzo de la segunda lo llamamos período de entreguerras, pero en realidad en esa «crisis de veinte años», como la bautizó E. H. Carr, hubo algunas «pequeñas» guerras entre Estados europeos, conflictos revolucionarios y contrarrevoluciones muy violentas y varias guerras civiles².

Guerra civil europea

Naturalmente, no fue Europa un territorio libre de violencia antes de 1914 o después de 1945. Ocurre, sin embargo, que los hechos que convierten a ese período en excepcional han dejado múltiples huellas inconfundibles. El total de muertos ocasionados por esas guerras, internacionales o civiles, revoluciones y contrarrevoluciones, y por las diferentes manifestaciones del terror estatal, superó los ochenta millones de personas. Cientos de miles más fueron desplazados o huyeron de país en país, planteando graves problemas económicos, políticos y de seguridad. En los casos más extremos de esa violencia hubo que inventar hasta un nuevo vocabulario para

² El título del libro de CARR, *The Twenty Years' Crisis 1919-1939*, publicado por primera vez en 1939, justo después del estallido de la Segunda Guerra Mundial, reflejaba una visión compartida por muchos ciudadanos europeos sobre la inestabilidad política y económica en la que estaban viviendo desde el final de la Gran Guerra. Subtitulada *An Introduction to the Study of International Relations*, la edición que utilizo en este artículo es la de Nueva York, Harper & Row, 1964. Además de este libro y del citado de Richard Vinen, resultan muy útiles para ese período de guerras, revolución y fascismos: MAZOWER, M.: *La Europa negra. Desde la Gran Guerra hasta la caída del comunismo*, Barcelona, Ediciones B, 2003; JACKSON, G.: *Civilización y barbarie en la Europa del siglo xx*, Barcelona, Planeta, 1997; KITCHEN, M.: *El período de entreguerras en Europa*, Madrid, Alianza, 1992, y HOBSBAWM, E.: *Historia del siglo xx, 1914-1991*, Barcelona, Crítica, 1995, cuyo subtítulo en inglés, *The Short Twentieth Century*, ha marcado una nueva forma de ver los límites cronológicos de ese siglo: la Primera Guerra Mundial y el hundimiento de la URSS.

reflejarla. Por ejemplo, el genocidio, un término ya inextricablemente unido al exterminio de los judíos en los últimos años de supremacía nazi³.

Como señala Richard Vinen, lo más sorprendente de ese período «es el sinfín de motivos que descubrieron los europeos para odiarse mutuamente», aunque sus posibles causas han dado lugar a jugosos debates⁴. Casi nadie duda, en verdad, que los trastornos producidos por la Primera Guerra Mundial están en el origen del carácter violento de algunos de esos conflictos. La caída de los viejos imperios continentales fue seguida de la creación de media docena de nuevos Estados en el centro y este de Europa, basados supuestamente en los principios de la nacionalidad, pero con el problema heredado e irresuelto de minorías nacionales dentro y fuera de sus fronteras. Todos ellos, salvo Checoslovaquia, se enfrentaron a grandes dificultades para encontrar una alternativa estable al derrumbe de ese orden social tradicional representado por las monarquías. Esa construcción de nuevos Estados llegó además en un momento de amenaza revolucionaria y disturbios sociales⁵.

La toma del poder por los bolcheviques en Rusia en octubre de 1917 tuvo, en efecto, importantes repercusiones en el resto de Europa. En 1918 hubo revoluciones abortadas en Austria y Alemania, a las que siguieron varios intentos de insurrecciones obreras. Un antiguo socialdemócrata convertido al bolchevismo, Béla Kun, estableció durante seis meses de 1919 una República soviética en Hungría,

³ Mark Mazower señala que fue Raphael Lemkin, un abogado judío de nacionalidad polaca, quien en 1944 introdujo por primera vez el término genocidio (*La Europa negra...*, *op. cit.*, p. 182). MAZOWER ha examinado las diferentes categorías que han sido utilizadas para discutir la violencia colectiva en «Violence and the State in the Twentieth Century», *American Historical Review*, vol. 107, 4 (2002), pp. 1158-1178. Según el artículo 2 de la Convención sobre Genocidio celebrada en 1948, el genocidio es definido como «actos cometidos con la intención de destruir, en parte o totalmente, a un grupo nacional, étnico, racial o religioso» (citado por M. E. BROWN, en la introducción al libro por él compilado, *The International Dimensions of Internal Conflict*, Cambridge, Mass., The MIT Press, 1996, p. 3, nota 4). La cifra de ochenta millones y más detalles sobre el coste de esos conflictos en OVERY, R. J.: *The Inter-War Crisis 1919-1939*, Harlow (Inglaterra), Longman, 1994, p. 94.

⁴ *Europa en fragmentos...*, *op. cit.*, pp. 99-102, y más sobre las posibles razones en pp. 227-229.

⁵ El impacto de la guerra en la economía, en las condiciones de vida de las clases trabajadoras y en el debilitamiento del poder de las elites tradicionales está bien narrado y argumentado en GEARY, D.: *European Labour Protest 1848-1939*, Londres, Methuen, 1948, pp. 136-147.

echada abajo por el ejército rumano y por los terratenientes. Italia, en esos dos primeros años de posguerra, presenció numerosas ocupaciones de tierras y de fábricas. Esa oleada de revueltas e insurrecciones acabó en todos los casos en derrota, aplastadas por las fuerzas del orden, pero asustó a la burguesía y contribuyó a generar un potente sentimiento contrarrevolucionario que movilizó a las clases conservadoras en defensa de la propiedad, el orden y la religión. El miedo a la revolución y al comunismo redujo también las posibilidades de la democracia y las perspectivas de un compromiso social⁶.

El movimiento contrarrevolucionario, antiliberal y antisocialista se manifestó muy pronto en Italia, durante la profunda crisis postbélica que sacudió a ese país entre 1919 y 1922, se consolidó a través de dictaduras derechistas y militares en varios países europeos y culminó con la subida al poder de Hitler en Alemania en 1933. Aunque la nacionalsocialista fue la más extrema y radical de todas esas reacciones a la crisis de la democracia y al triunfo del comunismo en Rusia, la sangrienta confrontación entre Alemania y la Unión Soviética ha eclipsado todos los restantes, diversos y variados, focos de conflicto que conoció Europa durante esas tres décadas. El combate entre el fascismo y el comunismo, entre la dictadura de Hitler y la de Stalin, resulta, así, el eje de lo que se ha llamado «guerra civil europea»⁷.

La tesis de Ernst Nolte es, en ese sentido, muy representativa. El supuesto «sencillo» y «básico» del que parte Nolte es que la

⁶ Un proceso bien descrito por OVERY, R. J.: *The Inter-War Crisis...*, *op. cit.*, pp. 61-65. La lucha entre la revolución y la contrarrevolución se manifestó en una corta pero violenta guerra civil en Finlandia, el primer país que experimentó en ese período la lucha a muerte entre «rojos» y «blancos». CASANOVA, J.: «Civil Wars, Revolutions and Counterrevolutions in Finland, Spain, and Greece (1918-1949): A Comparative Analysis», *International Journal of Politics, Culture and Society*, vol. 13, 3 (2000), pp. 551-537 (traducción al castellano en CASANOVA, J. (comp.): *Guerras civiles en el siglo XX*, Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 2001). La vida de Béla Kun transcurrió por los mismos derroteros que la de otros revolucionarios rusos y del este de Europa: empezó como socialdemócrata, trabajó como propagandista de la Revolución rusa y de la III Internacional y acabó en los años treinta encarcelado, acusado de desviacionismo y trotskismo, y ejecutado (noviembre de 1939). Para el caso húngaro y Béla Kun resultan muy sugerentes los estudios compilados por VOLGYES, I.: *Hungary in Revolution, 1918-19. Nine Essays*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1971.

⁷ VINEN, R.: *Europa en fragmentos...*, *op. cit.*, pp. 98-99.

Revolución bolchevique de 1917 creó una situación nueva en la historia mundial porque por primera vez «un partido ideológico había tomado el poder en forma exclusiva en un gran Estado y estaba manifestando en forma persuasiva la intención de desencadenar guerras civiles en todo el mundo». La Revolución rusa representó, por lo tanto, «una tentativa violenta de realizar el socialismo», ese objetivo que desde Marx y Engels había despertado grandes esperanzas y odios. Desde que subieron al poder, los bolcheviques «llamaron a los proletarios y oprimidos de todo el mundo a la guerra contra el sistema capitalista» y, al menos hasta 1939, sus partidarios y adversarios en todos los países sabían que algún día llegaría el intento definitivo de establecer esa sociedad socialista sin clases en el resto del planeta ⁸.

Es normal, continúa Nolte, que una empresa de tal magnitud encontrara resistencias muy intensas. El más peculiar de esos movimientos de resistencia y «el que más pronto se apuntó cierto éxito fue el Partido Fascista de Italia». Desde 1922, por lo tanto, momento de la subida al poder de Mussolini, ya existieron dos partidos «orientados a la guerra civil». Ambos se habían apoderado del Estado y contaban con partidarios en muchos países, pero, al fin y al cabo, eran Estados marginales al centro de Europa. La cosa cambió, sin embargo, cuando Hitler y el partido nazi llegaron al poder en Alemania. La Revolución bolchevique había abierto el camino a un «contramovimiento militante, que se podía apoyar en la todavía inquebrantable fuerza del nacionalismo», y lo encontró de verdad, como una «copia», en el nazismo. Esas dos fuerzas libraron una «guerra civil europea», un concepto que, para Nolte, sólo tiene sentido «si los dos antagonistas principales ocupan el centro del análisis: el bolchevismo, que desde 1917 formó un Estado, y el nacionalsocialismo, que se erigió en Estado desde 1933». La lucha final tuvo lugar desde 1941, aunque todo había comenzado en 1917 ⁹.

El bolchevismo habría provocado así una reacción llamada fascismo, que, no obstante, vio en aquél un modelo a seguir. De ahí, escribe Nolte, que se pueda explicar «la historia de las relaciones recíprocas entre ambos movimientos o regímenes con la ayuda de

⁸ NOLTE, E.: *La guerra civil europea 1917-1945. Nacionalsocialismo y bolchevismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 2001 (1.ª ed. en alemán en 1987), pp. 51 y 459.

⁹ *Ibid.*, p. 39 y p. 37, para lo de los «dos partidos orientados a la guerra civil».

los siguientes conceptos: desafío y reacción, original y copia, correspondencia y correspondencia extrema»¹⁰. Los bolcheviques golpearon primero, de forma más amenazadora, y lo que hizo el fascismo fue defenderse de la amenaza de la revolución. Ésa fue la relación de Hitler con el comunismo, la de odio y miedo a la vez, y miedo es lo que sintieron un gran número de contemporáneos de Hitler, alemanes y de otros países, un miedo justificado porque los comunistas de entonces eran partidarios del «levantamiento armado»¹¹.

La tesis de Nolte, actualizada en los últimos años, ha servido además para responsabilizar al comunismo del origen de todos los males y ajustar cuentas con el pasado, un asunto en el que le han copiado otros historiadores —y aficionados a la historia— revisionistas, molestos con la aparición de investigaciones rigurosas sobre los crímenes del fascismo y de otras dictaduras derechistas. En la época de la Guerra Fría, observa Nolte, tanto el nacionalsocialismo como el comunismo soviético eran «inquietantes y repulsivos»; en los años noventa del siglo xx, sin embargo, «en un momento en que la globalización capitalista y el antifascismo filosocialista tienden a fundirse en un conjunto moderno, al parecer ya sólo uno de ellos sigue siendo repulsivo, incluso execrable». Algo que, según él, no hace justicia a la verdad histórica: el bolchevismo manifestó «intenciones y acciones exterminadoras anteriores a las del nacionalsocialismo», cuyas «intenciones y acciones exterminadoras» fueron una «respuesta o reacción a las de aquél». El *gulag*, sentencia Nolte, fue anterior a Auschwitz. «Quien necesite imágenes sencillas de la historia podrá afirmar que los bolcheviques e incluso los marxistas resultarían aquí los «primeros culpables» del desastre del siglo xx, mientras que los nacionalsocialistas, como «segundos culpables», quedarían, por así decirlo, exculpados o minimizados»¹².

¹⁰ *Ibid.*, p. 51.

¹¹ *Ibid.*, p. 46.

¹² Todo ese apartado de atribución de responsabilidades y ajuste de cuentas con el pasado fue debatido por Nolte en el prefacio a la quinta edición en alemán (1997), reproducido en la edición de FCE de 2001, que aquí utilizo, con el título «Este libro y el “pleito de los historiadores”: Balance al cabo de 10 años», pp. 9-34 (los entrecomillados corresponden a las pp. 32-33). Su tesis sobre la *solución final* como «contraproyecto exacto de la tendencia a la destrucción absoluta de una clase mundial por parte del bolchevismo» ya la había expuesto claramente en la primera edición de 1987. La *solución final* era la «copia, traducida a términos biólogos, de un original social» (pp. 488-489). La tesis de Nolte ha sido utilizada también

La explicación de esa «guerra civil europea» en términos de confrontación exclusiva entre comunismo y fascismo resulta poco útil al dejar de lado otros fenómenos que dominaron el escenario europeo hasta la Segunda Guerra Mundial: por un lado, la crisis de la democracia liberal, de la política parlamentaria, del gobierno de la ley y de los derechos civiles; por otro, el surgimiento y consolidación de las dictaduras de derechas en casi todo el continente. Las insurrecciones e intentos revolucionarios por parte de la izquierda, socialista, comunista o anarquista, fueron derrotadas y en vísperas de la guerra total que cerró el período lo que se imponía en Europa eran regímenes autoritarios presididos por un dictador y un partido único. Examinar el proceso por el que las dictaduras llegaron a suplantar a las democracias, o explicar por qué las democracias encontraron tantas dificultades para avanzar y consolidarse, obliga a prestar atención a muy diversas experiencias políticas que no facilitan las explicaciones generales o impiden la reducción del problema a una lucha entre comunistas y nazis. Ése es el proceso que me va a permitir además, en la segunda parte de este artículo, introducir la Guerra Civil española en un marco comparado¹³.

fuera de Alemania para interpretar los crímenes de otros fascismos como una reacción a los de los «rojos» y revolucionarios, aunque la de Nolte parece una tesis seria y argumentada si se compara con lo que en España comenzó Ricardo de la Cierva y han continuado sus epígonos Pío Moa y César Vidal. En cualquier caso, la comparación entre nazismo y comunismo como regímenes de exterminio ha sido un tema muy desarrollado por la historiografía europea en los años noventa del pasado siglo y, «libros negros» del comunismo al margen, pueden verse, como ejemplos significativos, KERSHAW, I., y LEWIN, M. (eds.): *Stalinism and Nazism: Dictatorship in Comparison*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997; FERRO, M. (ed.): *Nazism and communism: deux régimes dans le siècle*, París, Hachette, 1999, y ROUSSO, H. (ed.): *Stalinisme et nazisme: histoire et mémoire comparées*, Bruselas, Complexe, 1999.

¹³ Atender a la diversidad de esas experiencias políticas es lo que hacen la mayoría de los estudios citados en la nota 2 y hay un resumen muy preciso de esos temas en el breve trabajo citado de OVERY, R. J.: *The Inter-War Crisis 1919-1939*, op. cit., especialmente las pp. 39-90. Preciso y sugerente resulta también el enfoque de Paul PRESTON, que retoma asimismo el concepto de «guerra civil europea», en «The Great Civil War: European Politics, 1914-1945», en BLANNING, T. C. W. (ed.): *The Oxford History of Modern Europe*, Oxford, Oxford University Press, 2000, pp. 153-185 [traducido al castellano en *Claves de razón práctica*, 53 (1995), y en ROMEO, M. C., y SAZ, I. (eds.): *El siglo xx. Historiografía e Historia*, Valencia, Universitat de València, 2002, pp. 137-165].

La hora de las dictaduras

Los datos que muestran el retroceso democrático y el camino hacia la dictadura resultan concluyentes. En 1920, de los veintiocho Estados europeos, todos menos dos (la Rusia bolchevique y la Hungría del dictador derechista Horthy) podían clasificarse como democracias (con sistemas parlamentarios y gobiernos elegidos, presencia de partidos políticos y mínimas garantías de derechos individuales) o sistemas parlamentarios restringidos. A comienzos de 1939, más de la mitad, incluida España, habían sucumbido ante dictadores con poderes absolutos. Siete de las democracias que quedaban fueron desmanteladas entre 1939 y 1940, tras ser invadidas por el ejército alemán e incorporadas al nuevo orden nazi, con Francia, Holanda o Bélgica como ejemplos más significativos. A finales de 1940, sólo cinco democracias permanecían intactas: el Reino Unido, Irlanda, Suecia, Finlandia y Suiza¹⁴.

Como sabemos y percibieron los propios contemporáneos, todo ocurrió muy rápido. Tras el colapso de los imperios autocráticos de Rusia, Austria-Hungría, el alemán de la monarquía guillermina y el turco otomano, los acuerdos de paz de París inauguraron una nueva época de democracias parlamentarias y constituciones liberales y republicanas. Eso que a algunos les parecía una «aceptación universal de la democracia» duró, sin embargo, muy poco. La izquierda, aunque intentó sin éxito hacer la revolución o establecer la «dictadura del proletariado», contribuyó notablemente a bloquear la consolidación de algunas de esas democracias. La derecha tuvo más éxito y, salvo en algunos países en los que necesitó guerras civiles y la utilización sistemática de la violencia política, pudo consolidar con cierta facilidad y rapidez esos regímenes autoritarios.

Lo cierto es que, antes de 1914, la democracia y la presencia de una cultura popular cívica, de respeto por la ley y de defensa de los derechos civiles, eran bienes escasos, presentes en algunos

¹⁴ Detalles precisos sobre ese proceso, de donde procede la información que aquí proporciono, en LEE, S. J.: *The European Dictatorships 1918-1945*, Londres, Routledge, 1991, XI-XIV (1.ª ed. en Methuen, 1987). También en OVERY, R. J.: *The Inter-War Crisis 1919-1939*, *op. cit.*, pp. 56-70, quien además ofrece explicaciones sobre ese camino a las dictaduras. Del auge y caída de la democracia liberal trata también MAZOWER, M.: *La Europa negra...*, *op. cit.*, pp. 17-48.

países como Francia y Gran Bretaña y ausentes en la mayor parte del resto de Europa. Tampoco los parlamentos gozaban de buena salud en países como Rusia, Italia, Alemania o España, donde, debido a la corrupción, al sufragio restringido y a la intervención de los monarcas en los gobiernos, aparecían ante intelectuales radicales y socialistas como instrumentos de gestión política al servicio de las clases dominantes.

Tras la Primera Guerra Mundial, la caída de las monarquías, la crisis económica, el espectro de la revolución y la extensión de los derechos políticos a las masas hicieron que un sector importante de las clases propietarias percibiera la democracia como la puerta de entrada al gobierno del proletariado y de las clases pobres. Como señala Mazower, el sufragio universal amenazó a los liberales con un papel político marginal frente a los movimientos de la izquierda y a los partidos católicos, nacionalistas y populistas de nuevo cuño. Temerosos del comunismo, se inclinaron hacia soluciones autoritarias, un camino en el que se les unieron «otros tipos de elitistas, los ingenieros sociales, empresarios y tecnócratas que deseaban soluciones científicas y apolíticas para los males de la sociedad y a quienes impacientaba la inestabilidad y la incompetencia de la gobernación parlamentaria»¹⁵.

Ocurrió además que esos nuevos regímenes parlamentarios y constitucionales se enfrentaron desde el principio a una fragmentación de las lealtades políticas, de tipo nacional, lingüístico, religioso, étnico o de clase, que derivó en un sistema político con muchos partidos y muy débiles. La formación de gobiernos se hizo cada vez más difícil, con coaliciones cambiantes y poco estables. En Alemania ningún partido consiguió una mayoría sólida bajo el sistema de representación proporcional aprobado en la Constitución de Weimar, pero lo mismo puede decirse de Bulgaria, Austria, Checoslovaquia, Polonia o de España durante la Segunda República. La oposición rara vez aceptaba los resultados electorales y la fe en la política parlamentaria, a prueba en esos años de inestabilidad y conflicto, se resquebrajó y llevó a amplios sectores de esas sociedades a buscar alternativas políticas a la democracia¹⁶.

¹⁵ *Ibid.*, pp. 39-40.

¹⁶ Las coaliciones políticas y alianzas de clases que condujeron a la estabilidad o quiebra de la democracia liberal están bien exploradas en LUEBBERT, G. M.: *Liberalism, Fascism, or Social Democracy. Social Classes and the Political Origins of Regimes*

Una buena parte de esa reacción se organizó en torno al catolicismo, la defensa del orden nacional y de la propiedad. La Revolución rusa, el auge del socialismo y los procesos de secularización que acompañaron a la modernización política hicieron más intensa la lucha entre la Iglesia católica y sus adversarios anticlericales de la izquierda política. La opción dictatorial de una buena parte de Europa recuperó algunas de las estructuras tradicionales de la autoridad presentes en su historia antes de 1914, pero tuvo que hacer frente también a la búsqueda de nuevas formas de organizar la sociedad, la industria y la política. En eso consistió el fascismo en Italia y a esa solución se engancharon en los años treinta los partidos y fuerzas de la derecha española. Una solución al problema de cómo controlar el cambio social y frenar la revolución en el momento de la aparición de la política de masas.

El acoso a la Segunda República

Hasta que llegó la Segunda República, la sociedad española pareció mantenerse un poco al margen de las dificultades y trastornos que sacudían a la mayoría de los países vecinos desde 1914. España no había participado en la Primera Guerra Mundial y no sufrió, por lo tanto, la fuerte conmoción que esa guerra provocó, con la caída de los imperios y de sus servidores, la desmovilización de millones de excombatientes y el endeudamiento para pagar las enormes sumas de dinero dedicadas al esfuerzo bélico. Pero compartía, no obstante, esa división y tensión, que acompañó al proceso de modernización, entre quienes temían al bolchevismo y a las diferentes manifestaciones del socialismo, amantes del orden y la autoridad, y los que soñaban con ese mundo nuevo e igualitario que surgiría de la lucha a muerte entre las clases sociales.

La proclamación de la República trajo días de fiesta para unos y de luto para otros. La legislación republicana situó en primer plano

in Interwar Europe, Oxford, Nueva York, Oxford University Press, 1991 (traducción al castellano en Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 1997). De sus argumentos y del contraste con otras interpretaciones traté en «Liberalismo, fascismo y clase obrera: algunas contribuciones recientes a la historia comparada de la Europa de entreguerras», *Studia Historica. Historia Contemporánea*, X-XI (1992-1993), pp. 101-124.

algunas de las tensiones germinadas durante las dos décadas anteriores con la industrialización, el crecimiento urbano y los conflictos de clase. Se abrió un abismo entre varios mundos culturales antagónicos, entre católicos practicantes y anticlericales convencidos, amos y trabajadores, Iglesia y Estado, orden y revolución.

Las dificultades que en España encontraron la democracia y la República para consolidarse procedieron de varios frentes. En primer lugar, del antirrepublicanismo y posiciones antidemocráticas de los sectores más influyentes de la sociedad: hombres de negocios, industriales, terratenientes, la Iglesia y el ejército. Tras unos meses de desorganización inicial de las fuerzas de la derecha, el catolicismo político irrumpió como un vendaval en el escenario republicano. Ese estrecho vínculo entre religión y propiedad se manifestó en la movilización de cientos de miles de labradores católicos, de propietarios pobres y «muy pobres», y en el control casi absoluto por parte de los terratenientes de organizaciones que se suponían creadas para mejorar los intereses de esos labradores. En esa tarea, el dinero y el púlpito obraron milagros: el primero sirvió para financiar, entre otras cosas, una influyente red de prensa local y provincial; desde el segundo, el clero se encargó de unir, más que nunca, la defensa de la religión con la del orden y la propiedad. Y en eso coincidieron obispos, abogados y sectores profesionales del catolicismo en las ciudades, integristas y poderosos terratenientes como Lamamié de Clairac o Francisco Estévanez, que con tanto afán defendieron en las Cortes constituyentes los intereses cerealistas de Castilla; y todos esos cientos de miles de católicos con pocas propiedades pero amantes del orden y la religión.

Dominada por grandes terratenientes, sectores profesionales urbanos y muchos ex carlistas que habían evolucionado hacia el «accidentalismo», la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA), el primer partido de masas de la historia de la derecha española, se propuso defender la «civilización cristiana», combatir la legislación «sectaria» de la República y «revisar» la Constitución. Cuando esa «revisión» de la República sobre bases corporativas no fue posible efectuarla a través de la conquista del poder por medios parlamentarios, sus dirigentes, afiliados y votantes comenzaron a pensar en métodos más expeditivos. A partir de la derrota electoral de

febrero de 1936, todos captaron el mensaje: restablecer el orden exigía abandonar las urnas y tomar las armas¹⁷.

Sí, frente a la democracia, la derecha creía en el autoritarismo, la izquierda prefería la revolución como alternativa al gobierno parlamentario. La insurrección como método de coacción frente a la autoridad establecida fue utilizada, primero, por los anarquistas y detrás de sus sucesivos intentos insurreccionales —en enero de 1932 y enero y diciembre de 1933— había, esencialmente, un repudio del sistema institucional representativo y la creencia de que la fuerza era el único camino para liquidar los privilegios de clase y los abusos consustanciales al poder. Sin embargo, como la historia de la República muestra, desde el principio hasta el final, el recurso a la fuerza frente al régimen parlamentario no fue patrimonio exclusivo de los anarquistas ni tampoco parece que el ideal democrático estuviera muy arraigado entre algunos sectores políticos republicanos o entre los socialistas, quienes ensayaron la vía insurreccional en octubre de 1934, justo cuando incluso los anarquistas más radicales la habían abandonado ya por agotamiento¹⁸.

Esas insurrecciones, graves alteraciones del orden reprimidas y ahogadas en sangre por las fuerzas armadas del Estado republicano,

¹⁷ La reacción de los católicos y de esos grupos poderosos frente a la República fue examinada ya hace tiempo por BLINKHORN, M.: *Carlismo y contrarrevolución en España, 1931-1939*, Barcelona, Crítica, 1979; LANNON, F.: *Privilegio, persecución y profecía. La Iglesia Católica en España, 1875-1975*, Madrid, Alianza, 1987; y de forma más exhaustiva por MONTERO, J. R.: *La CEDA. El Catolicismo social y político en la II República*, Madrid, Ediciones de la Revista de Trabajo, 1977; CABRERA, M.: *La patronal ante la II República: Organizaciones y estrategia (1931-1936)*, Madrid, Siglo XXI, 1983, y CASTILLO, J. J.: *Propietarios muy pobres. Sobre la subordinación política del pequeño campesino (La Confederación Nacional Católico-Agraria, 1917-1942)*, Madrid, Servicio de Publicaciones Agrarias, 1979. Las posiciones de Azaña frente al catolicismo y de los católicos frente a Azaña están bien resumidas en JULIÁ, S.: *Manuel Azaña, una biografía política. Del Ateneo al Palacio Nacional*, Madrid, Alianza, 1990, pp. 243-256. La lucha entre clericalismo y anticlericalismo en CUEVA MERINO, J. de la: «El anticlericalismo en la Segunda República y la Guerra Civil», en LA PARRA LÓPEZ, J., y SUÁREZ CORTINA, M. (ed.): *El anticlericalismo español contemporáneo*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1998, pp. 211-259.

¹⁸ El argumento de que en la España de los años treinta «casi no había opciones políticas que no vieran la fuerza como una alternativa posible a las urnas» está bien desarrollado por UCELAY-DA CAL, E.: «Buscando el levantamiento plebiscitario: insurreccionalismo y elecciones», en JULIÁ, S. (ed.): «Política en la Segunda República», *Ayer*, 20 (1995), pp. 49-80. Una crónica e interpretación de esas insurrecciones anarquistas puede verse en mi libro *De la calle al frente. El anarcosindicalismo en España (1931-1939)*, Barcelona, Crítica, 1997, pp. 102-131.

hicieron mucho más difícil la supervivencia de la República y del sistema parlamentario, pero no causaron su final ni mucho menos el inicio de la guerra civil. Ésta empezó porque una sublevación militar debilitó y socavó la capacidad del Estado y del gobierno republicano para mantener el orden. El golpe de muerte a la República se lo dieron desde dentro, desde el propio seno de sus mecanismos de defensa, los grupos militares que rompieron el juramento de lealtad a ese régimen en julio de 1936. La división del ejército y de las fuerzas de seguridad impidió el triunfo de la rebelión, el logro de su principal objetivo: hacerse rápidamente con el poder. Pero al minar decisivamente la capacidad del gobierno para mantener el orden, ese golpe de Estado dio paso a la violencia abierta, sin precedentes, de los grupos que lo apoyaron y de los que se oponían. En ese momento, y no en octubre de 1934 o en la primavera de 1936, comenzó la guerra civil.

España en guerra

Dentro de esa guerra hubo varias y diferentes contiendas. En primer lugar, un conflicto militar, iniciado cuando el golpe de Estado enterró las soluciones políticas y puso en su lugar las armas. Fue también una guerra de clases, entre diferentes concepciones del orden social; una guerra de religión, entre el catolicismo y el anticlericalismo; una guerra en torno a la idea de la patria y de la nación, y una guerra de ideas, de credos que estaban entonces en pugna en el escenario internacional. Una guerra imposible de reducir, como en la tesis de Nolte, al conflicto entre comunismo o fascismo o, como otros muchos autores sostienen, entre el fascismo y la democracia. En la Guerra Civil española cristalizaron, en suma, batallas universales entre propietarios y trabajadores, Iglesia y Estado, entre oscurantismo y modernización, dirimidas en un marco internacional desequilibrado por la crisis de las democracias y la irrupción del comunismo y del fascismo¹⁹.

La situación internacional a finales de los años treinta reunía circunstancias poco propicias para la paz, y eso afectó de forma

¹⁹ De la existencia de esos diferentes conflictos dentro de la guerra civil traté ya en «Guerra civil, ¿lucha de clases?: el difícil ejercicio de reconstruir el pasado», *Historia Social*, 20 (1994), pp. 135-150.

decisiva a la duración, curso y desenlace de la Guerra Civil española, un conflicto claramente interno en su origen. Las políticas de rearme emprendidas por los principales países europeos desde comienzos de esa década crearon un clima de incertidumbre y crisis que redujo la seguridad internacional. La Unión Soviética inició un programa masivo de modernización militar e industrial que la colocaría a la cabeza del poder militar durante las siguientes décadas. Por las mismas fechas, los nazis, con Hitler al frente, se comprometieron a echar abajo los acuerdos de Versalles y devolver a Alemania su dominio. La Italia de Mussolini siguió el mismo camino y su economía estuvo supeditada cada vez más a la preparación de la guerra. Francia y Gran Bretaña comenzaron el rearme en 1934 y lo aceleraron desde 1936. El comercio mundial de armas se duplicó desde 1932 a 1937. Según Richard Overly, «el sentimiento popular antibélico de los años veinte dio paso gradualmente al reconocimiento de que una gran guerra era de nuevo muy posible»²⁰.

Bajo esas condiciones, ninguno de esos países mostró interés por parar la Guerra Civil española. El apoyo internacional a los dos bandos fue vital para combatir y continuar la guerra en los primeros meses. La ayuda ítalo-germana permitió a los militares sublevados trasladar el ejército de África a la Península a finales de julio de 1936 y la ayuda soviética contribuyó de modo decisivo a la defensa republicana de Madrid en noviembre de 1936. El apoyo militar de la URSS a la República sirvió como pretexto para que las potencias del Eje incrementaran su apoyo militar y financiero al bando de Franco. Esos apoyos se mantuvieron casi inalterables hasta el final de la guerra, mientras que el resto de los países europeos, con Gran Bretaña a la cabeza, parecían adherirse al Acuerdo de No Intervención.

Los ingredientes básicos de esa dimensión internacional son bien conocidos²¹. Desde la subida al poder de Hitler, los gobernantes

²⁰ «Warfare in Europe since 1918», en BLANNING, T. C. W. (ed.): *The Oxford History of Modern Europe*, op. cit., p. 220, de donde procede la información sobre el rearme y la preparación de la que sería la Segunda Guerra Mundial.

²¹ Información exhaustiva y puesta al día de las principales investigaciones en MORADIÉLLOS, E.: *El reñidero de Europa. Las dimensiones internacionales de la guerra civil española*, Barcelona, Península, 2001. Esa dimensión internacional aparece asimismo muy bien recogida en BERNECKER, W. L.: *Guerra en España 1936-1939*, Madrid, Síntesis, 1996, pp. 45-92. También en PRESTON, P., y MACKENZIE, A. L. (ed.): *The Republic Besieged. Civil War in Spain 1936-1939*, Edimburgo, Edinburgh University

británicos y franceses pusieron en marcha la llamada «política de apaciguamiento», consistente en evitar una nueva guerra a costa de aceptar las demandas revisionistas de las dictaduras fascistas, siempre y cuando no se pusieran en peligro los intereses de Francia y Gran Bretaña. La respuesta de esos dos países «ante el estallido de la guerra civil española y sus implicaciones internacionales se subordinaron en todo momento a los objetivos básicos de esa política de apaciguamiento general»²². Por el contrario, «el apoyo del Tercer Reich fue un elemento absolutamente esencial para que el golpe militar de 1936 se configurase como Guerra Civil y para que se desarrollara como tal»²³.

La conclusión a la que llegan las investigaciones más rigurosas es que esa situación internacional determinó claramente el curso y desenlace de la guerra civil. En opinión de Enrique Moradiellos, «sin la constante y sistemática ayuda militar, diplomática y financiera» prestada por las dictaduras fascistas es improbable que el bando franquista hubiera obtenido una victoria tan «absoluta e incondicional». Y sin el «asfixiante embargo» impuesto por la política de No Intervención, es difícil pensar que la República «hubiera sufrido un desplome interno y una derrota militar tan total, completa y sin paliativos»²⁴.

La ilusiones republicanas de ganar la guerra se malograron además en varios frentes. El miedo al bolchevismo, a la revolución y a perder los beneficios capitalistas pusieron en contra de la República a los consejos de administración de las grandes empresas y a las cancillerías diplomáticas de los países occidentales. No basta, por lo tanto, con insistir en que el denominado «Comité de No Intervención», puesto en marcha por los ministros de Asuntos Exteriores de Francia y

Press, 1996 (traducción al castellano en Barcelona, Península, 1999). Ángel Viñas ha actualizado algunas de sus investigaciones tan influyentes desde finales de los años setenta en VIÑAS, Á.: *Franco, Hitler y el estallido de la guerra civil. Antecedentes y consecuencias*, Madrid, Alianza, 2001.

²² MORADIELLOS, E.: *El reñidero de Europa...*, op. cit., pp. 55-56.

²³ VIÑAS, Á.: *Franco, Hitler y el estallido de la guerra civil...*, op. cit., p. 518.

²⁴ *El reñidero de Europa...*, op. cit., pp. 255-256. Se lo dijo Hitler a Ciano, ministro de Asuntos Exteriores italiano, un año después de acabada la guerra: «Italia y Alemania hicieron mucho por España en 1936 (...) Sin la ayuda de ambos países no existiría Franco hoy» (citado en BERNECKER, W. L.: *Guerra en España...*, op. cit., p. 45, quien resume también los objetivos de la política británica y francesa en la guerra civil, en pp. 71 y 74, respectivamente).

Gran Bretaña en septiembre de 1936 y ampliado posteriormente a veintiséis países, fue una farsa, sino de constatar que los militares sublevados, pese a no ser reconocidos oficialmente como un régimen político establecido, encontraron muchas más facilidades para obtener créditos entre los hombres de negocios occidentales, en el mercado «del dólar y de la libra esterlina». Mientras tanto, los republicanos tuvieron que depender cada vez más, en esas condiciones de aislamiento, de la ayuda económica y militar soviética, lo cual contribuía a fortalecer e incrementar esa inclinación a favor de Franco de los banqueros e industriales de los países capitalistas. Para las gentes de orden de esos países, el peligro de una España fascista parecía ser mucho menor que el de una republicana, de Frente Popular, dominada por socialistas, comunistas y anarquistas²⁵.

En el escenario político internacional, la contienda española se convirtió en un eslabón más de una serie de crisis que, desde Manchuria a Abisinia, pasando por Checoslovaquia, condujeron a la explosión de la Segunda Guerra Mundial. La Guerra Civil española fue en su origen un conflicto interno entre españoles, pero en su curso y desarrollo constituyó un episodio de una guerra civil europea que acabó en 1945, «una guerra civil en miniatura»²⁶. En ese ambiente tan caldeado, la Guerra Civil nunca pudo ser una lucha entre españoles o entre la revolución y la contrarrevolución. Para muchos ciudadanos europeos y norteamericanos, España se convirtió en el campo de batalla de un conflicto inevitable en el que al menos había tres con-

²⁵ La expresión «países del dólar y de la libra esterlina» la utilizó Robert Whealey en un estudio que resumía con precisión las cifras y entresijos de la financiación internacional a los insurgentes; WHEALEY, R.: «How Franco financed his war-reconsidered», en BLINKHORN, M. (ed.): *Spain in conflict, 1931-1939. Democracy and its enemies*, Londres, Sage, 1986, pp. 244-263. En un reciente estudio, Gerald Howson ha demostrado, de forma minuciosa, «que las fuerzas materiales de los dos bandos» estuvieron totalmente desequilibradas en contra de los republicanos, a quienes les hicieron constantes chantajes en el mercado internacional de armas, incluidos los soviéticos, que les estafaron «amañando en secreto los tipos de cambio a la hora de fijar los precios de las mercancías»; HOWSON, G.: *Armas para España. La historia no contada de la Guerra civil española*, Barcelona, Península, 2000, pp. 350-351. La predisposición antirrepublicana de los consejos de administración de las grandes empresas y de las cancelerías diplomáticas de los países capitalistas fue también subrayada por BERNECKER, W. L.: *Guerra en España...*, *op. cit.*, p. 70.

²⁶ MORADIELLOS, E.: *El reñidero de Europa...*, *op. cit.*, p. 258. La Guerra Civil española como episodio de esa guerra civil europea más amplia en PRESTON, P.: «The Great Civil War: European Politics, 1914-1945», *op. cit.*, pp. 175-179.

tendientes: el fascismo, el comunismo —o la revolución— y la democracia. Obviamente, los factores internos tuvieron un papel importante en el resultado final, sobre todo la desunión en el bando republicano y la unión en el bando franquista. Pero fueron las condiciones internacionales las que al final determinaron el destino de la República y la victoria de las fuerzas de la reacción²⁷.

Orden, autoridad y exaltación del líder

Derrotada la República en abril de 1939, la situación internacional, muy favorable a los fascismos, contribuyó a consolidar la violenta contrarrevolución iniciada ya con la ayuda inestimable de esos mismos fascismos desde el golpe de Estado de julio de 1936. Franco logró en la guerra lo que se proponía: una guerra de exterminio y de terror en la que se asesinaba a miles en la retaguardia para que no pudieran levantar cabeza en décadas. Forjado en el africanismo, la contrarrevolución y el anticomunismo, nunca concedió el más mínimo respiro a los vencidos o a sus oponentes. Su dictadura, como la de Hitler, Mussolini u otros dictadores derechistas del período de entreguerras, se apoyó en el rechazo de amplios sectores de la sociedad a la democracia liberal y a la revolución, quienes pedían a cambio una solución autoritaria que mantuviera el orden y fortaleciera el Estado.

El sentimiento de incertidumbre y temor provocados por los proyectos reformistas de la República, el anticlericalismo y la revolución expropiadora y destructiva que siguieron al golpe militar fueron utilizados por los militares, la Iglesia y las fuerzas de la reacción para movilizar y conseguir una base social dispuesta a responder frente a lo que se interpretaba como claros síntomas de descristianización y de desintegración nacional. Los fascismos, con Hitler y Mussolini a la cabeza, eran admirados por católicos y carlistas, monárquicos y

²⁷ Frente al peso de la intervención extranjera, Michael SEIDMAN observa que «para explicar la derrota de la República es necesario también evaluar hasta qué punto los españoles de la zona republicana deseaban sobreponerse a la «traición» extranjera y sacrificarse por el triunfo. En otras palabras, la manera en que cada bando utilizó su ayuda extranjera fue tan importante como la cantidad de ayuda recibida». La conclusión es que los republicanos se sacrificaron por el triunfo mucho menos que los franquistas; *A ras del suelo. Historia social de la República durante la guerra civil*, Madrid, Alianza, 2003, pp. 26-28.

falangistas, por haber destruido a las ideologías y movimientos revolucionarios de izquierda, por haber abolido la democracia liberal, por defender los intereses materiales de los propietarios. Todos juntos, aunque con reparto de papeles, compartían la misma determinación en mantener el orden social capitalista, en destruir los enemigos internos y externos y en resolver por las armas la crisis política y social que les había desplazado del poder. Detrás de Franco, los militares, la Falange y la Iglesia había una base social amplia, que había apoyado el golpe militar de julio de 1936 y, endurecida todavía más por la guerra, se adhirió al franquismo hasta sus últimas consecuencias. Ahí estaban la mayoría de los pequeños propietarios de la mitad norte de España y los grandes latifundistas del sur; los industriales, los grandes comerciantes y las clases medias urbanas vinculadas al catolicismo, horrorizadas por la revolución y la persecución religiosa²⁸.

La victoria del ejército de Franco barrió de forma violenta la lucha política y de clases, el sistema parlamentario, la República laica y el ateísmo revolucionario. Fue una purga de amplias consecuencias, que desarticuló la cultura y las bases sociales de la Segunda República y del movimiento obrero. Esa violencia exterminadora tenía poco que ver con la represión y censura utilizadas por el régimen monárquico de Alfonso XIII o por la dictadura de Primo de Rivera. Las dictaduras que emergieron en Europa en los años treinta, en Alemania, Austria o España, tuvieron que enfrentarse a movimientos de oposición de masas, y para controlarlos necesitaron poner en marcha nuevos instrumentos de terror. Ya no bastaba con la prohibición de partidos políticos, la censura o la negación de los derechos individuales. Un grupo de criminales se hizo con el poder. Y la brutal realidad que salió de sus decisiones fueron los asesinatos, la tortura y los campos de concentración.

La creación de sistemas de partido único, donde ya no cabía la lucha parlamentaria, llevó a la exaltación del líder. En Alemania, el «mito del *Führer*» configuró la imagen de Hitler como un hombre destinado a superar las debilidades del sistema democrático. Stalin fue festejado por la propaganda de los años treinta como el salvador de la revolución de Lenin. En España, ya en plena Guerra Civil,

²⁸ Una interpretación de ese triunfo de la contrarrevolución en una Europa dominada por los fascismos la he proporcionado en «Una dictadura de cuarenta años», en CASANOVA, J. (coord.): *Morir, matar, sobrevivir. La violencia en la dictadura de Franco*, Barcelona, Crítica, 2002, pp. 3-50.

obispos, sacerdotes y religiosos comenzaron a tratar a Franco como un enviado de Dios para poner orden en la «ciudad terrenal». Franco manejó magistralmente ese culto a su persona y trató de demostrar, como Hitler también lo había hecho, que él estaba más allá de los conflictos cotidianos y muy alejado de los aspectos más «impopulares» de su dictadura, empezando por el terror. El culto a esos líderes fue aceptado por una parte importante de la población, que veía en ellos seguridad frente al desorden y el acoso del enemigo. Sus «proyectos utópicos fundamentales —construcción del socialismo en un solo país, una *Volksgemeinschaft* germana o una Italia imperial— proyectaban imágenes positivas de una nación nueva e integrada y distaban de ser impopulares»²⁹.

En conclusión, dos guerras mundiales y una «crisis de veinte años» en medio marcaron la historia de Europa del siglo xx. En España bastaron tres años para que la sociedad padeciera una oleada de violencia y de desprecio por la vida sin precedentes. Por mucho que se hable de la violencia que precedió a la Guerra Civil, para tratar de justificar su estallido, está claro que en la historia del siglo xx español hubo un antes y un después del golpe de Estado de julio de 1936³⁰. Además, tras el final de la Guerra Civil en 1939, durante al menos dos décadas no hubo ninguna reconstrucción positiva, tal y como ocurrió en los países de Europa occidental después de 1945.

La Guerra Civil de 1936-1939 obligó a muchos a participar sin quererlo, a tomar partido hasta mancharse o a defenderse en espera

²⁹ MAZOWER, M.: *La Europa negra...*, *op. cit.*, p. 53. La exaltación del líder en el «nuevo orden» es destacada también por OVERY, R. J.: *The Inter-War Crisis 1919-1939*, *op. cit.*, pp. 66-67. El cuidado que Hitler tenía en mostrarse indiferente ante los conflictos de la política diaria fue subrayado por KERSHAW, I.: *The «Hitler Myth». Image and Reality in the Third Reich*, Oxford, Oxford University Press, 1987, pp. 257-258. Sobre Franco debe verse PRESTON, P.: *Franco «Caudillo de España»*, Barcelona, Grijalbo, 1994 (nueva edición revisada y ampliada en 2002). De la bendición de la Iglesia católica a Franco y de los beneficios que de ella obtuvo he tratado en *La Iglesia de Franco*, Madrid, Temas de Hoy, 2001.

³⁰ Considero aquí como guerra civil una lucha violenta por el poder, que incluye a militares y población civil, dentro de las fronteras de un Estado y donde el gobierno de la nación es uno de los principales contendientes. Si se acepta esta definición, ningún conflicto, protesta social o disturbio ocurrido durante la Segunda República, insurrecciones incluidas, disponía de la capacidad organizativa y armada para emprender una acción sostenida contra el poder establecido. En esa definición, por otra parte, resulta requisito imprescindible que el gobierno de la nación sea uno de los contendientes armados.

de tiempos mejores. Pues no era ése un buen momento para los pusilánimes. Los sublevados triunfantes en unos lugares y quienes los derrotaron en otros supieron desde el principio a quién dirigir las balas. Comenzaron así los encarcelamientos en masa, la represión selectiva para eliminar las resistencias, las torturas sistemáticas y el terror «caliente», ese que dejaba a los ciudadanos allí donde caían abatidos, en las cunetas de las carreteras, en las tapias de los cementerios, en los ríos, en pozos y minas abandonadas. La obediencia a la ley fue sustituida por el lenguaje y la dialéctica de las armas, por el desprecio a los derechos humanos y el culto a la violencia.

Cuando la guerra terminó oficialmente, la destrucción del vencido se convirtió en prioridad absoluta, con un sistema de terror organizado desde arriba, basado en la jurisdicción militar, sancionado y legitimado por leyes. Los vencedores de la guerra decidieron durante años y años la suerte de los vencidos. Las escasas voces que pidieron la reconciliación y el perdón fueron silenciadas. Durante las dos décadas siguientes a la guerra no hubo ninguna posibilidad de cerrar las heridas y de que cesara el castigo y la violencia vengadora.

El discurso del orden, de la patria y de la religión se había impuesto al de la democracia, la República y la revolución. En la larga y sangrienta dictadura de Franco reside, en definitiva, la gran excepcionalidad de la historia de España del siglo xx, si se compara con la de los otros países capitalistas. Muertos Hitler y Mussolini, Franco siguió. El lado más oscuro de esa guerra civil europea, que acabó en 1945, tuvo todavía larga vida en España.